

## EL GUARDIÁN DE LOS LIBROS

Abrió los ojos y tuvo que cerrarlos enseguida, no aguantaron los tímidos rayos de luz que penetraban a través de la persiana, la cabeza le dolía, la habitación le daba vueltas sin parar, no recordaba nada, tenía algo de frío se dio cuenta que estaba desnudo en la cama tapado solo con una fina sábana de lino. Sonó el teléfono que había sobre la mesita, al tercer tono lo descolgó y se le cayó al suelo. Volvió a cogerlo y lo escuchó.

—Ha fallecido el guardián de los libros, díselo a mi madre —y colgó.

La zarandeeé suavemente. Ya no éramos tan jóvenes y los sábados noche pasaban factura. Entreabrió un ojo y me miró. Le di la noticia. Se sentó en la cama, miró hacia el vacío y volvió a mirarme. No le dije nada, pero lo leyó en mi mirada. ¿Quién era?, ¿de quien hablaba su hijo?. Volvió a mirar al vacío y comenzó a contarme pausadamente:

—El guardián de los libros es como yo llamaba de pequeña al bibliotecario.

»Recuerdo que la primera vez que entré en la biblioteca, acompañaba a una amiga. Me pareció como entrar en un mundo mágico. A mí me gustaba leer los pocos cuentos o tebeos que llegaban a mis manos. Desconocía la existencia de un lugar llamado biblioteca. Cuando entré y vi tantas estanterías llenas de libros, se me iluminaron los ojos.

Le pregunté a mi amiga que tenía que hacer para apuntarme yo también. Me contestó que era muy fácil, sólo tenía que ir con un duro y decirle al bibliotecario que me quería apuntar. Este me entregaría un carnet, con el que podía ir a coger libros tantas veces como quisiera.

Nada más salir de allí, fui a pedirle un duro a mi madre. Aunque no era mucho dinero, si lo era para ella que con cuatro hijos y un marido enfermo tenía que hacer malabares para llegar a final de mes. Pero al saber para que lo quería, me lo dio sin problemas.

Al día siguiente, a primera hora de la tarde ya estaba esperando a que “el guardián de los libros”, volviera a abrir la puerta. Fui la primera en entrar. Abriendo mi mano le enseñé el duro, como si de una piedra preciosa se tratara

y le dije que venía a apuntarme. Él me miró muy serio y me preguntó: —¿Pero tú sabes leer?

—Sí —le respondí muy segura.

—Pues vamos a hacer la prueba —dijo.

»Se levantó de la silla, en la cual siempre le veía sentado, detrás de una enorme mesa de madera oscura llena de libros. Fue directo a una estantería, cogió un libro y me lo dio.

—Toma, lee el título.

Lo cogí muy nerviosa y empecé a leer. *Las a-ven-tu-ras de Tom-Sawyer*.

—Muy bien, me dijo. Pues este va a ser el primer libro que vas a leer de esta biblioteca.

Desde ese día, semana sí y semana también acudía con mi libro ya leído a por otro nuevo.

Pasado ya algún tiempo llegué un día a mi rutina semanal de dejar y coger un libro. Cuando me acerqué a la mesa del bibliotecario, este estaba tan concentrado escribiendo que no se percató de mi presencia.

—Don Jaime —le dije— ya he elegido el libro que me voy a llevar.

Levantó la vista de su escritura mirándome sin verme y moví el libro entre mis manos.

—Don Jaime —volví a reclamar su atención— ya tengo el libro que quiero llevarme.

—Ah, muy bien —me contestó. Ahora te anoto la fecha de entrega. Aunque tú con lo rápido que lees nunca llegas a la fecha, —recalcó con un amago de sonrisa.

Me fijé en el cuaderno lleno de anotaciones que acababa de dejar encima de la mesa, y me atreví a preguntarle.

—¿Qué está escribiendo Don Jaime?

—Un libro que se titulará “Páginas de la historia de Segorbe (1850-1900)”.

—¿Me lo dejará leer cuando lo acabe? —le pregunté.

—Quizás, algún día —respondió—. Eres muy niña para leer un libro así, pero me acabas de dar una idea —dijo mientras entornaba los ojos mirándome fijamente.

Al cabo de un par de meses, cuando fui a devolver un libro, Don Jaime me dijo:

—Toma Clara. Cuando seas más mayor te animo a leer el libro que estoy escribiendo. Pero te he hecho un adelanto en forma de cuento. Te lo regalo.”

-----

Esa tarde subí al desván y abrí el viejo baúl. Allí guardado, entre sábanas de algodón, reposaba ese gran tesoro que D. Jaime había escrito sólo para mí. Me senté en el suelo y comencé a leerlo de nuevo muchos años después.

### *LA IGLESIA DE SAN BLAS*

Todo comienza en el cerro de San Blas, donde gracias al Papa Luna, Benedicto XIII, le escribe al entonces obispo de Segorbe, el franciscano Juan de Tauste, sobre la bula, autorizando la fundación de un convento observante en dicho cerro.

Antes del convento observante que se crea adosado a la iglesia, hubo también una ermita, la ermita de San Blas.

Yo llegué para realizar mis estudios de teología y no es que quisiera dedicarme a ello, pero habiéndome criado con frailes es lo que tocaba.

Al mariscal Suchet, que estaba al frente de las tropas francesas, se le ocurre venir a Segorbe, en plena guerra de la independencia a saquear el convento y convertirlo en fortaleza.

La cofradía de la Sangre, nos cedió su capilla y la casa adjunta. No estábamos tan apartados ni aislados como en San Blas.

-----

Largos paseos daba junto a los frailes con el fin, según ellos, de despejar un poco la sesera y relajar un poco la vista de tantas horas cautiva entre los libros.

Y sí, la mente se despejaba, pero los ojos iban al pan. Tomaban rumbo a lugares donde la espalda pierde su casto nombre. Pero os recuerdo que yo no estudiaba para *curica* por pasión, ni devoción, más bien por obligación.

Ya en 1850, la sequía era extrema en los campos segorbinos. A las mentes pensantes de esta ciudad, o sea los labradores, se les ocurrió que trasladasen en procesión a la Virgen de la Cueva Santa desde su santuario, sito en término de Altura.

Se armó la marimorena. Treinta y seis mil almas vinieron. Dato leído por mí en el periódico segorbino El Celtíbero. Resumiendo, que el milagro tardó bien poco en llegar, pues al día siguiente ya comenzó a llover.

Pero dos semanas después seguía lloviendo tanto que llegó a desbordarse el río Palancia. Para flipar, yo gritaba, ¡que se la lleven, que se la lleven ya!, pero que va, más de tres meses y medio de veraneo estuvo la Virgen.

Entiendo que después de veintidós años sin ver a la Virgen entrar en Segorbe, la fiesta fuera máxima, tanto a su llegada como a su salida.

En la plaza del Agua Limpia, que se sigue llamando igual, aunque ha tenido más nombres. Quien no quiere liarla siempre dice, la plaza del ayuntamiento, y *au* todos nos damos por *enteraus*.

Ufff siempre he sido así, me voy de una historia a otra, pero todo esto os lo cuento, porque gracias a ese evento mi corazón latió. Pero no de una forma normal, se aceleró. Si, y mucho, ¿qué puede acelerar un corazón?. Carrera, susto... unos ojos que te miran y te deshacen por dentro ¡*voilà!*!. Pues esta fue la razón.

La plaza del Agua Limpia, o del ayuntamiento para los que seáis de fuera, entonces era calle. Estaba entoldada para la llegada de la Virgen, cosa que no se había visto, entoldada me refiero. Colocaron también un gran globo de

colores que al paso de la procesión con la Virgen, se abrió, y salieron volando pájaros y palomas al mismo tiempo que disparaban una traca.

El hecho fue tan inesperado y tan ruidoso, que una *almica* que había a mi lado se agarró fuertemente de mi brazo. Miré lo que oprimía mi bíceps, nada mal para mi edad todo sea dicho y vislumbré unas delicadas manos. Al subir mis ojos por el brazo, hombros, cuello y cara de la propietaria de tan bello complemento cogido a mi extremidad, descubrí los ojos más hermosos que nunca hubiera imaginado. Los míos tampoco están mal, azules con toque color miel, ligeramente almendrados.

A lo que íbamos, que me desvió de nuevo. Cuando nuestras miradas se chocaron, rápidamente se soltó de mi brazo con un acalorado, perdón.

No pude más que sonreír tímidamente y con un gesto de mi mano le indiqué que no pasaba nada. Y eso vino a confirmar una vez más, que yo no iba para *curica* por más en vena que me lo quiso meter Fray Laureano.

De él no os he hablado ¿verdad? Claro, poco os he contado de mí.

Soy huérfano, ¿motivo? Ni idea, lo que sé, es que siempre me he criado con los frailes. Fray Laureano es lo más parecido a un padre que pude tener. Como un hijo me trató y me cuidó.

Tenía una sobrina, aunque yo sepa no tenía hermanos, así que no sé de dónde salía la sobrina.

Las lenguas de doble filo decían que algunos religiosos tenían sobrinas. Pero esas sonrisas maliciosas de los narradores de tan curiosa noticia, más para un niño, no me suscitaba nada bueno. Con los años entendí el significado de la palabra sobrina, más allá de hijas de tus hermanos o hermanas.

A mí también me hubiera gustado tener alguna, pero a pesar de lo picaflor que era nunca llegué a mayores con ninguna hembra. Ni tan siquiera, con la propietaria de tan bellos ojos de la que antes os hablaba. Aunque pienso que el amor más puro es aquel que no necesita de ningún tipo de contrato, eso quiero pensar o es el consuelo que me queda. Bueno, eso os lo cuento al final, no me quiero poner triste.

Se llamaba Amparo. Apenas nos llevábamos dos años de edad e igual que yo, era huérfana y soltera. No es que fuera monja, pero sus padres murieron cuando ella apenas tenía quince años, y tuvo que ejercer de madre para sus tres hermanos menores que quedaron a su cargo.

Y aunque con muchos sudores, trabajo y sacrificio lo hizo muy bien. Ahora con los tres hermanos ya casados y con hijos, se siente la tía más dichosa del mundo. Aunque a ella, como bien dice; se le pasó el arroz limpiando mocos, curando heridas, quitando miedos y creando sueños para que sus hermanos fueran lo más felices posibles, a pesar de la ausencia de sus dos grandes pilares.

-----

¿Qué opinaba Fray Laureano de mi relación con Amparo.?

Pues al principio no le hizo mucha gracia, lo típico, que dirá la gente bla bla bla, pero hubo un momento en que dejó de importarle y yo me di cuenta.

Le pregunté a Lucía, «su sobrina», sobre ese silencio repentino de Fray Laureano sobre mi amistad con Amparo. Lucía, acariciándome la cara dijo:

—supongo que se ha dado cuenta que el hombre propone y Dios dispone, además Amparo es un alma con mucha pureza.

Le sonreí ante esa muestra de ternura inusual en Lucía, una mujer que siempre se mostraba cabizbaja en mi presencia.

-----

Amparo llegó muy alterada a nuestro habitual paseo de la tarde. Se rumoreaba el cierre de la fábrica de la seda, allí donde ella trabajaba desde que tenía uso de razón y gracias a la cual pudo sacar adelante a los suyos y sustentarse hasta el momento.

Y sí, al cabo de unas semanas la fábrica de filaturas de sedas cerró sus puertas después de treinta años. Dejando sin trabajo a las 90 muchachas y 20 hombres que dejaron de percibir sus 12 mil duros anuales de los totales de sus jornales. Y con ellos los daños colaterales del cierre, las *almicas* que se

dedicaban a la reforma de las maquinarias, obras o reparaciones en la fábrica, la venta a los pueblos del capullo que dicha fábrica compraba....

Y si eso no fuera poco comenzó a demolerse las Cuevas de Ajado, donde se refugiaban mendigos, gitanos y gente de mal vivir.

Amparo sufría por ellos.

—Hasta las humildes rocas que les servían de hogar les derruían. Hubo quien corrió la voz de que estos apacentaban las caballerizas y limpiaban sus ropas y objetos sucios en el cauce de la acequia de beber, ensuciando dicha agua. Cuando consiguió suficientes enemigos para expulsar a las *almicas* sin suerte de dicho lugar, estos salieron cabizbajos, con la mirada perdida, sintiendo que su misión en este mundo era errar como almas en pena, arrastrando a sus pequeños del brazo e intentando que no miraran hacía atrás, hacia ese trozo de era que para ellos era todo su mundo.

»Cuando ese hijo de Lucifer lo consiguió, las risas de los niños dejaron de oírse, el trinar de los pájaros de las huertas cercanas desapareció misteriosamente y es que nadie quiere vivir donde el demonio deja su marca. Y sabedora de que todo lo que dijo era mentira, nada pude hacer para ayudar a esos infelices —terminó de contarme Amparo.

En ese momento se me ocurrió una idea.

La angustia de Amparo al verse sin trabajo iba creciendo día a día y la visión de lo que había pasado a los habitantes de las Cuevas de Ajado, había acrecentado en ella el terror de que sus ahorros no resistieran hasta que encontrara otro “tajo” nuevo, más con el poco trabajo que había para una mujer.

Había leído que buscaban redactor para “El Eco del Palancia”. Amparo me había contado que cuando era más joven había escrito unos poemas en “El Celtíbero”. Cuando le propuse que se presentara al puesto rió a carcajada limpia como hace tiempo no la oía.

—No tengo la pluma tan suelta como para escribir los famosos socarrones críticos y realistas “*Diálogos de Javiel y Jelipe*” —respondió.

Le dije que no se trataba de eso, cada uno escribía como sentía y ella me había transmitido con su voz, lo dura que había sido la partida de los habitantes de las Cuevas.

—¿Y si eso lo hubieras podido plasmar en el periódico? —le dije.

—Nada habría cambiado —respondió.

—Desgraciadamente nada para ellos, pero sí en la gente que lo leyera —le rebatí. Si volvía a suceder algo por el estilo se pensarían dos veces el creer a quien solo ha venido a esta vida a hacer daño. Estoy seguro que tu relato les haría pensar.

Me salió bien la jugada y esa noche Amparo, después de consultarlo hasta el amanecer con su almohada, partió con las primeras luces a la puerta de *El Eco del Palancia* a probar suerte, y la tuvo.

Parecía otra cuando vino a contármelo esa misma tarde. Estaba tan excitada y hablaba tan deprisa que me costaba entenderla. Su primer trabajo consistía en escribir sobre la carrera que se iba a celebrar el próximo domingo. Seis hombres habían apostado a que eran capaces de ganar a una jaca corriendo de Segorbe a Valencia.

—¿Y cómo piensan hacerlo? —le pregunté a Amparo con cara de incredulidad.

—Pues los hombres correrán de dos en dos horas de trecho.

Obviamente ganó la jaca, quien llegó a Valencia en tres horas y poco más. Así que el sonriente dueño de la jaca se metía en la saca 1.500 reales vellón.

A partir del nuevo trabajo de Amparo, nuestra relajada vida de los paseos al atardecer, se convirtió en una vorágine de actos, inauguraciones, espectáculos. Subimos a San Blas a ver un eclipse de sol. «Espectáculo sublime», escribió Amparo en su crónica. Lo que Amparo no contó, es que en ese instante en que la luna cubrió con su manto de plata al sol, nuestros cuerpos se juntaron buscando el calor que se había llevado la incipiente oscuridad. Sólo duró unos segundos, como la primera vez que posó sus manos en mi brazo, pero me

bastó para reafirmarme que ese cosquilleo que se extendía por todo mi cuerpo no era normal.

A partir de entonces me hice un lector empedernido de las crónicas de Amparo. Que si los mendigos debían llevar una cédula que les autorizase a mendigar. Que para empadronarte tenías que tener un certificado de buena conducta que acompañara la instancia y otro de buenos antecedentes.

El primero en empadronarse con esas nuevas normas fue un dulzainero de Tales.

Nos permitíamos nuestros pequeños lujos, como los baños del hospital que eran muy buenos para la salud. A 50 céntimos de peseta el baño suelto o a tres pesetas y setenta y cinco céntimos la novena.

Disfrutamos de la falla que se instaló en la plaza de la Cueva Santa. Hay quien sonreía con pudor al ver la escena que representaban los ninots. Un zapatero dedicado a las faenas de su oficio mientras una mujer, asomada al balcón, llevaba atada una cuerda del brazo de la que tiraba un galán que estaba oculto en la calle. Simulando su conjunto que la poca casta esposa, burlaba la vigilancia de su marido, prendada de la apuesta presencia de su mancebo.

Era tan buena Amparo como cronista en *El eco del Palancia* que pronto le subieron el sueldo.

Para celebrarlo me invitó a la actuación del guitarrista Tárrega en el Teatro Serrano. Estuvimos en el palco, y yo estaba un poco apurado pues sabía que palcos y plateas costaban seis pesetas. Cuando se lo dije sonrió y me aclaró, ventajas de ser cronista, una buena reseña del espectáculo y nos sale gratis, aseguró guiñándome el ojo. Aprende rápido mi Amparo, me dije sonriendo hacia mis adentros.

Incluso acudimos a las fiestas que se organizaron por el matrimonio de Alfonso XII y su prima María de las Mercedes. En el castillo se dispararon cien morteretes y hubo diana por la banda municipal y el dulzainero de Tales, si él primero que se había empadronado. Cucañas en la plaza y se dio una limosna de una peseta a cada uno de los pobres clasificados como tales.

Que poco le duró la alegría al pobre Alfonso. Y que poco tiempo tuvimos nosotros de sentir pena por él, para pasar a sentirla por nosotros.

Una visita inesperada llegó a la ciudad: el cólera.

Azótó Segorbe con una mortal virulencia. El mes de julio atacaba a la mitad de la población.

Ya habían fallecido 215 *almicas*, 139 mujeres y 78 varones.

La ciudad fue declarada, por la junta de sanidad, en estado de epidemia. Los sentimientos de tristeza y temor se solapaban con un espíritu colectivo de solidaridad.

Fray Laureano vivía en la calle literalmente, intentando atender a todo aquel que necesitara de su presencia, y por desgracia se necesitaba demasiado. Yo sufría sabiendo el riesgo al que se exponía acercándose de ese modo a la enfermedad, pero Lucía me decía que era su deber, estar en las duras y en las maduras.

El miedo se multiplicaba con los toques lastimeros de las campanas, tanto que se prohibió que volvieran a sonar. Tiempos de inquietud y zozobra, de depresión colectiva.

El temor se multiplicó cuando corrió la noticia que, en el pueblo de Tafalla, en la provincia de Pamplona, donde la peste ya había desaparecido, una noche reventaron unos nichos, dirigiendo el viento el hedor de estos a la población y volviendo el cólera a atacar a más de doscientos vecinos.

El cementerio público de Segorbe hallábase en estado de putrefacción, seguramente por la mala construcción de los nichos.

La junta de sanidad, junto al ayuntamiento, observando las quejas de los vecinos deciden formar en todas las caras de los nichos donde se han depositado los cadáveres del cólera morbo, otra pared del grueso de un palmo y que los farmacéuticos locales practicasen la desinfección de estos.

Una comisión formada por el alcalde, el regidor, el síndico y Fray Laureano, tenían que verificar que las obras se llevaban a cabo como se había establecido. Amparo decidió ir para ver de primera mano lo que estaba ocurriendo y redactar su crónica.

Durante el tiempo de cólera le había convencido que no saliera de casa y que yo le iría contando todas las noticias que Fray Laureano iba trayendo al final de su agotadora jornada, de dar la extremaunción cada vez a más vecinos. No pude convencerla esta vez, de que era mala idea el acudir al camposanto.

Sabedora del mal de tripas que me creaba esta situación, se mantuvo alejada de los nichos afectados y deambuló entre tumbas mientras de lejos observaba el trajín de las obras. Se paró a leer un epitafio, *no turbes mi paz y advierte que, aunque duermo en esta losa, fui querida hija y esposa, disfrutando de feliz suerte hasta mi temprana muerte.* —Sólo tenía 19 años —la oí decir. Pero mi mente seguía torturándome con la certeza de que era un error haber estado tan cerca de una zona tan insalubre y vaya si acerté.

Al día siguiente fue Fray Laureano quien dio señales de haber cogido la enfermedad, señales que fueron *in crescendo* velozmente por un cuerpo ya cansado de lidiar con tantas desgracias.

Nadie vino a darle la extremaunción, tampoco creo que le hiciera falta. Fuimos a darle el último adiós, sólo tres personas por difunto, lo marcaban la ley. Lucía, Amparo y yo volvimos al camposanto, lugar donde hace apenas unos días las malas vibraciones, que mi cuerpo sentía, ya me hacían presagiar un mal final. Lo que desconocía, es que en ese mismo lugar me esperaba una inesperada sorpresa.

No hubo sacerdote que rezara por su alma, así que yo tomé el mando. Pocas palabras salieron por mi boca, solo sé que terminé diciendo gracias por ser el padre que nunca tuve. Lucía sin levantar la vista del ataúd dijo: —era tu padre, tu verdadero padre.

La miré. Ella seguía con la cabeza agachada y la vista fija en esa caja de madera.

—Lucía, —la llamé. Ella fue levantando lentamente la cabeza y me miró.

Qué ciego había estado, como no llegué a darme cuenta. En ese momento no solo conocí quién era mi padre, también mi madre. Bastó fijarme en sus ojos, en esos ojos azules con un toque color miel, ligeramente almendrados.

-----

Nunca llegué a mayores con Amparo y menos al altar. Y no es que no nos apeteciera, pero quisimos hacerlo así en homenaje a ese hombre que sin estar seguía estando en nuestras vidas. Su epitafio reza con las siguientes palabras. *Vivió desprovisto de bienes de fortuna, a expensas de su trabajo y confiado.* Si algún día pasas por Cascajo, reza una salve por su alma.

Como a perro flaco todo son pulgas. Pobre y con cólera, era el sufrimiento que arrastraba parte de la población. Por lo que se comunicó a los vecinos que tuvieran a bien ofrecer un donativo para atender las necesidades básicas de los pobres enfermos coléricos.

Por cada barrio fue nombrado un regidor, eclesiástico, vecino y alcalde de barrio, encargados de anotar la cantidad que cada vecino estaba dispuesto a abonar. Se recaudaron un total de 14.738 reales y 47 maravedís, gastados en pan, carne, arroz, azúcar y pago de medicamentos a los farmacéuticos.

Amparo y yo trabajamos codo con codo para que nadie quedara huérfano de afectos, barriga llena y los medicamentos que necesitaran para intentar vencer esta pandemia.

El 17 de septiembre la junta de sanidad declaró a Segorbe en estado libre de epidemia de cólera.

Se celebró una misa en la catedral para dar las gracias, a la cual estaban invitados un cabeza de cada familia, amén de la corporación en pleno y la milicia nacional.

La banda tocó en el balcón de la casa consistorial para demostrar el júbilo reinante. Los vecinos, la noche antes de dicha ceremonia, iluminaron sus fachadas, ventanas y balcones.

Amparo y yo seguimos acudiendo a eventos varios como la inauguración de la monumental fuente con surtidores construida en la plaza Obispo Haedo o al derribo del portal de Castellnovo para la mejora del camino o calle con el mismo nombre.

Acudimos libreta en mano al mercado de los hortelanos y revendedores; donde para paliar las discrepancias entre ambos se había llegado a la solución de que los labradores vendieran sus frutas y verduras desde la esquina de las mentiras, hacia el portal de Teruel. Cuesta de la catedral para los vendedores forasteros y desde la esquina de Casa Roque Escuder hacia el portal de Teruel los revendedores.

La vida en ese siglo siguió su curso común, lleno de acontecimientos varios. Inauguraciones, actos religiosos o festivos, nacimientos y defunciones, fiestas patronales, creación de nuevas asociaciones y construcción de edificios emblemáticos que engrandecieron la fama de una ciudad importante en sus creencias, sentimientos y costumbres.

En memoria de D. Jaime Faus y Faus, el guardián de los libros.